

“En el género del relato **hay divorcios editoriales**, pero yo no cambio de pareja

GONZALO CALCEDO

Con La chica que leía El viejo y el mar el narrador palentino confirma su maestría en la narrativa breve

Angélica Tanarro
Fotografías de Lydia Ruffner

CASI UNA VEINTENA DE LIBROS de relatos después, Gonzalo Calcedo sigue fiel a las distancias cortas. Literariamente hablando. En la vida real, su timidez le aparta voluntariamente de la escena social y mediática. A la hora de las entrevistas ruega contestarlas por escrito y, eso sí, se toma en serio cada cuestión que se le plantea. Con cada salida editorial confirma ser uno de los maestros indiscutibles del género en español y es esa ausencia de la primera línea mediática lo que le resta un mayor reconocimiento. Algo que no parece preocuparle en absoluto. Acaba de publicar *La chica que leía 'El viejo y el mar'* en su sello más fiel, Menoscuarto ediciones. Personajes solitarios y a veces desorientados en la vida deambulan por aeropuertos, áreas de servicio, barras de hoteles... Nos asomamos a esos instantes de conexión real o forzada con los otros. Y a veces sale el sol.

Casi una veintena de libros de relatos en su trayectoria son prueba de que no ha perdido la fe en el género.

Cada libro tiene una razón de ser y se corresponde con un ciclo vital. Los veo más como un conjunto que explica mi forma de ver las cosas. Lo que sí deja claro la cifra es que mi relación con el género es más o menos saludable, un matrimonio bien avenido. Creo, desde luego, en el poder del cuento. Mantengo mis convicciones. Creo menos en su trascendencia editorial. Vamos, que hay divorcios editoriales, pero yo no cambio de pareja.

¿Le sigue pareciendo el que mayor libertad da al autor junto con la poesía?

Cuando participo en coloquios, acabo hablando de ello. Esa libertad es una de las gratificaciones del relato. Su propia condición de anomalía editorial lo protege. No está sujeto a modas y casi ningún editor espera ventas, digamos, concluyentes. Por ese motivo las exigencias son pocas: uno puede permitirse escribir lo que quiere, una fidelidad que implica un desagravio por esos otros pesares que conlleva lo breve. Mi sueño al empezar fue publicar en revistas y periódicos. Nada más lejos de la realidad, salvo por la revista *Luvina*, muy lejos de aquí.

La chica que leía *El viejo y el mar* está compuesto por 19 relatos breves, más breves que otros en tu trayectoria. Y todos más o menos con la misma longitud. ¿Fue algo buscado?

Algunos cuentos de libros anteriores me habían parecido demasiado recargados, contrarios a la esencia del relato. Habitualmente, como ejercicio, escribo relatos muy cortos que luego crecen y forman los libros. En este libro quise recuperar cierta pureza, también esa suerte de ingenuidad del que narra sin tapujos. Opté por que fuesen cortos y parejos. Casi todos son secuenciales, tomas de la realidad. No son estampas, porque tienen un código interior que los mueve. Es algo muy tenue. Para descifrarlo, cuento con la pericia del lector habitual de libros de relatos.

En algunos de sus libros anteriores hay un tema común. En *Las inglesas* era la adolescencia. En *Como ánades* flotaba el tema de la pandemia. Aquí no hay, digamos, un asunto común pero en todos ellos subyace el aliento de la soledad. Todos los personajes están en el fondo muy solos. ¿Es otro tipo de pandemia de nuestra sociedad?

Así es. La soledad es el fondo del libro y los 'no lugares' el escenario que la alberga. Hay cuentos de hoteles, de aeropuertos, de carretera, espacios que no entienden de fronteras, que son muy semejantes entre países. Esa extrañeza siempre me ha interesado. El libro empieza y termina con un cuento de aeropuerto, donde mis personajes están perdidos por elección. Es una forma de rebeldía. Para la mayoría de la gente son espacios anodinos, funcionales, lugares de tránsito en los que solo se puede esperar. ¿Esperar el qué? ¿Qué un desconocido se sienta a tu lado? ¿El arrepentimiento de un viaje? Esos conatos de intimidad me atraen. Respecto a la soledad en sí, no me queda ninguna duda de que la hemos cultivado a conciencia. No voy a contar nada nuevo. Nunca ha sido más fácil descolgar un teléfono y más difícil cruzar una palabra con la persona que se sienta a tu lado en un autobús. Cuestión de auriculares.



La infancia es nuevamente asunto primordial en su libro. Los niños de sus relatos a menudo son víctimas de los padres, y su desorientación es fruto de la desorientación de sus progenitores. ¿Les estamos fallando como sociedad?

Siempre he escrito cuentos sobre esos enfrentamientos consecuencia de la edad y de la proyección que unos y otros hacen sobre el contrario. Un hijo admira a su padre hasta que llega la primera decepción y descubre su triste humanidad. Los padres avivan en sus hijos las llamas del fuego que no fueron hasta que se dan de bruces con el primer desplante adolescente. Probablemente siempre ha sido así. Un rito de paso más. Todos estamos desorientados, un poco perdidos. La vida se enturbia enseguida y los días diáfanos, esos que relacionamos con la armonía del verano, poco a poco se van espaciando. Habrá instantes de quietud, de plenitud incluso, no lo dudo, pero a cuentagotas.

Como usted mismo ha comentado, sus relatos ponen el foco en un instante en las vidas de los personajes. No suele haber pasado ni futuro. Es casi una instantánea en su recorrido vital. Eso obliga al lector a centrarse en la intención del cuento. Díganos en el subtexto.

A mí no me divierte el cuento cerrado. No busco un final claro ni contundente. Las historias empiezan, pero hay un pasado que desconocemos, igual que desconocemos el futuro, y un final soterrado, escondido, un leve sobrecogimiento que espero saber transmitir al lector. El cuento no puede ser obvio. Tampoco un terreno para los mensajes encriptados. Todos somos espectadores de los demás y yo dejo a mis personajes a la deriva en las páginas que les conciernen. En el relato moderno hay que leer entre líneas. Si escribes en corto, hay que sugerir. Me gusta tratar los temas de forma indirecta, aparentemente banal.

Y ahí el detalle, el matiz lo es todo.

Cuando hablo de cuentos muchas veces lo hago en oposición a la novela. En las distancias largas el autor te lleva de la mano y se puede permitir derivaciones, puntos de fuga hacia otras peripicias que en el cuento distraen. Todo está servido. En el cuento, como comentas, hay que construir con matices. Si lo explicas todo envileces el texto. Volvemos aquí a contar con el lector y su capacidad para reconstruir el pasado de los personajes, de las situaciones, y aventurar lo que pueda venir a continuación.

Los imprescindibles



El cuento, su anécdota, porque muchas veces hablamos de anécdotas aparentemente superficiales, sería el detonante.

En todos los cuentos hay un lenguaje muy cuidado entre el que se encuentran hallazgos en forma de frases contundentes, líricas, redondas. Algo que los aproxima a la poesía, un género que, por otra parte, nunca le ha tentado.

Tengo que reconocer que soy un pésimo lector de poesía. Quizás por ese motivo nunca me he dejado tentar por el género. Pero sí creo en la poesía de las cosas y es una intención poética, la que pone en movimiento mis historias. Intento que no de una forma meridiana, claro está. Busco conmover, hacer que el lector sienta piedad de mis personajes, aunque algunos sean arrogantes o cínicos. Desde un punto de vista más técnico, la influencia del cine me hace pensar en imágenes y a veces, una descripción poética de una circunstancia es más efectiva narrativamente que una realista.

Tampoco le tienta la novela. Hubo una incursión en forma de novela breve, La pesca con mosca, pero parece que no ha vuelto a haber tentaciones en este sentido.

Hubo una primera novela, la que citas, y otras posteriores, todas cortas y espaciadas en el tiempo. Cuatro en total. No son muy conocidas porque surgen de concursos y su funcionamiento editorial transcurre por canales menores, demasiado angostos. Casi todas tienen un componente fantástico, algo ajeno a la médula de mis cuentos. Las escribo como terapia, amparándome en las convenciones del género para salir airoso y alcanzar ese centenar de páginas que tanto me cuesta superar. Tengo que desdoblarme como escritor para escribirlas. Lo bueno de los cuentos es que no tienes que interrumpir la escritura, como esos novelistas que entre libro y libro necesitan descansar y recomponerse, antes de empezar otro proyecto.

Otra constante en su obra es la cuestión del estilo. Los cuentos se pueden inscribir en la mejor tradición de la narrativa breve norteamericana. Nunca ha ocultado su admiración por autores como Cheever o Hemingway que en este caso protagoniza uno de los más bellos cuentos del libro. Y aunque no hay referencias geográficas no es difícil encontrar similitudes ambientales en ellos. ¿De dónde viene esta relación que se ha convertido en su identidad literaria?

Probablemente del cine y de cierto agotamiento causado por lecturas juveniles en las que la España rural, con sus caciques, guardias civiles, curas y plañideras se tornaba algo polvoriento. Sencillamente, no me divertía. Algunos autores ingleses y norteamericanos fueron un descubrimiento para mí. Contaban historias profundas sin dejar de ser amenos. Siempre cito a Graham Greene porque así no faltó a la verdad. *El americano impasible* es algo más que una novela de aventuras y espionaje. Igual me sucedía con Conrad o Melville, a los que leí con ensimismamiento en mi adolescencia. O con la novela negra, vilipendiada entonces. Recuerdo haber leído unos cuentos de Chandler supuestamente no policíacos y haberme fascinado. A partir de ahí seguí escudriñando en bibliotecas en busca de esa otra narrativa que hasta entonces me había sido vetada. De Hemingway me asombraron sus cuentos breves y hermosos, desnudos, sin principio ni final. Algo absolutamente moderno,



La chica que leía *El viejo y el mar*

Menoscuarto
17.90 € (200 p)
ISBN 9788419964229

Entre despegues y aterrizajes, los personajes de esta colección de cuentos tienen tiempo de perder el corazón, la razón, el hogar, la familia, el amor. Personajes desorientados, característicos de la narrativa de Gonzalo Calcedo, tratando de reconocerse en un espejo retrovisor o en el reflejo de una ventana.



Como ánades

Menoscuarto
16.90 € (208 p)
ISBN 9788415740735

Historias de hombres y mujeres, veteranos y adolescentes, zarandeados por las turbulencias del corazón, la paternidad o el descrédito. Sin ser un libro sobre la pandemia –nunca fue esa la intención del autor–, sí estamos ante las consecuencias inmediatas del desconocimiento y el miedo que su llegada supuso para todos.

sin la distancia intelectual de los cuentos de Borges o Cortázar de mis tertulias estudiantiles. El modo de contar de los autores norteamericanos encaja como un guante con el cuento actual que más aprecio. No hay disquisiciones, no hay nada de más, pero tampoco lo echas en falta.

Alguien que no se ha apartado en su larga trayectoria del género que hizo suyo desde el primer momento ¿Cómo ve el lugar que poco a poco pero contundentemente está empezando a ocupar por fin tanto entre lectores, editoriales, autores?

Aquí tengo que disentir. Hubo un momento, hace unos años, en el que el cuento se abría paso a codazos con el beneplácito de todos. Esos mismos que entonces lo alzaron, empezaron a darle la espalda después. Muchas editoriales especializadas desaparecieron o se pasaron a la novela y el ensayo, al menos en nuestro país, donde el éxito del cuento ha sido más una quimera que una realidad absoluta. Todo esto desde mi punto de vista, naturalmente. Llevo décadas publicando y he conocido épocas controvertidas. En general soy pesimista, pero es un pesimismo natural en mí, que también traslado a otros aspectos de la vida. Nunca se habla del renacer de la novela, lo cual quiere decir que no ha estado muerta, ni siquiera moribunda; del cuento sí. Mal asunto que cada lustro haya que hablar de una época dorada del género.

Sin embargo, está siendo especialmente fructífero en español y en particular ha calado entre escritoras tanto españolas como latinoamericanas con una gran visibilidad. ¿Está al tanto del fenómeno?

Como escritor, siempre he vivido un poco en los aledaños, ajeno a la novedad. Es mi carácter, así que el único culpable de este desconocimiento soy yo. A veces me fijo en libros de relatos que aparecen comentados a bombo y platillo en los semanales literarios y me encojo de hombros. ¿Cuándo empezaron a escribir estos autores? ¿Cuál ha sido su carrera? La vida de los libros ha cambiado. Hace treinta años firmabas un contrato por veinticinco años. Hoy por ocho. La vida de los libros ha encogido porque todo va más deprisa. Lo que me intriga es si la literatura puede tolerar esta celeridad. Los nuevos escritores practican el culto mediático de una forma casi obscena. ¿Y después qué? Otro nombre sustituye al tuyo. Esto, en el cuento, como comentábamos al principio respecto a las modas, es absurdo. Pero está sucediendo. En todo caso, siempre quiero pensar que el que escribe relatos lo hace por vocación, no pensando que pone un pie en el consabido escalón que lleva a otras cimas literarias.

Como lector ¿ha hecho algún otro descubrimiento?

Leo desordenadamente. Novelas, cine, navegación. Cuando leo libros de cuentos es para recordarme a mí mismo, como decía Hemingway, que la herramienta tiene que estar siempre bien afilada. Me gustó mucho un libro de cuentos de Natalia Cerezo, *En las ciudades escondidas*, y también relatos de Margarita Leoz o Maite Núñez, escritoras con las que siento una proximidad más íntima que intelectual. No sé cómo explicarlo. *El estado del mar*, de Tabitha Lasley, una suerte de novela autobiográfica, me llamó la atención. Era crudo y poético a la vez. Por volver a lo mismo, al final quedaba la poesía del retorno al hogar, eso que parece faltarle a todos mis personajes.

Quiero pensar que el que escribe cuentos lo hace por vocación, no para escalar otras cimas literarias. En este libro, trato de recuperar una suerte de ingenuidad, del que narra sin tapujos



Las inglesas

Menoscuarto
16.90 € (192 p)
ISBN 978 8415740285

Vivida en presente, la adolescencia es turbiedad, indiferencia adulta, años que descosen la niñez hasta convertirla en harapos. Vista en pasado, es una quimera: estuvo allí, en las suelas de nuestras deportivas y... sencillamente ya no está.



El prisionero de la Avenida Lexington

Menoscuarto
15.50 € (208 p)
ISBN 9788496675577

Algunas ciudades ocupan tanto espacio en nuestro subconsciente que incluso se pueden pasear en sueños. Son como parientes lejanos que por fin tienes ocasión de conocer. No te suelen defraudar. Nueva York aparece aquí como una ciudad pisada y palpada pero siempre imaginaria.